

Prólogo

Sin lugar a dudas este volumen titulado “Entre el Atlántico y el Pacífico Negro: afrodescendencia y regímenes de desigualdad en Sudamérica” constituye un punto de inflexión en la antología de los estudios afrodescendientes o los “estudios negros” que se desarrollan sobre los descendientes de africanos en las Américas. El término utilizado se justifica por la dimensión de la obra, su calidad, contenido y propuestas innovadoras. En sus páginas, más allá de la densidad de los datos y conceptos, encontramos una mirada muy actualizada, disruptiva y provocadora en la comprensión de la diáspora africana de las Américas, un componente poblacional de más de 180 millones de personas que conforman una heterogeneidad de rasgos culturales, que, a mi modo de ver, históricamente han configurado una expresión civilizatoria sin igual en Occidente.

Este prólogo no intenta hacer una introducción a la obra, pues el lector encontrará en su primer capítulo una adecuada entrada que permite comprender sus alcances, objetivos, metodologías, conceptos y principales aspectos. A más de invitar a su lectura, estas líneas (sencillas si se quiere) pretenden destacar el importante aporte que el libro hace, no solo a la comprensión fenomenológica del *ethos* afrodescendiente, sino a la intención de encontrar respuestas a la problemática central que hoy afronta la diáspora africana de las Américas: su desigualdad persistente frente a otros grupos socio-raciales, étnicos, o mayoritarios caracterizados por el mestizaje o la *blanquedad*, fenómenos identitarios con una poderosa carga semántica de dominación racial y ciudadana.

El libro llega en un momento muy oportuno tanto en tiempo como lugar. Aparece en escena en plena evolución del Decenio Internacional Afrodescendiente, proclamado por las Naciones Unidas entre 2015 y 2024. Una década para reflexionar sobre temas de reconocimiento, justicia y desarrollo para los descendientes de africanos en el mundo. De forma particular, en la región, el Decenio ha motivado al movimiento social afrodescendiente transnacional para profundizar demandas a los Estados nacionales y a la comunidad internacional por la necesaria atención a problemáticas sociales, políticas, económicas y culturales que enfrentan, dada la historia de la esclavitud, el racismo, la discriminación y el prejuicio racial que pesa desde su llegada a tierras americanas.

A continuación intento comentar algunos de los temas que después de su lectura considero relevantes de la obra. Me interesa resaltar la importancia de esta obra en dar respuestas al problema de las desigualdades que en este Decenio afrontan los afrodescendientes como desafío para alcanzar reconocimiento, justicia y desarrollo. La obra más allá de enfocarse en tesis de otras investigaciones acerca de qué tan desiguales están los afrodescendientes frente a otros grupos socio-raciales, intenta explicar cómo históricamente se ha dado este fenómeno.

Más allá de comprender que la esclavitud, el racismo y la discriminación racial han sido las variables que históricamente han afectado la ciudadanía de los afrodescendientes en las Américas y por consecuencia los han arrinconado a circunstancias de desigualdad, pobreza y exclusión de tipo estructural, los autores intentan (con mucho acierto) explicar que este fenómeno obedece a que los afrodescendientes han estado sometidos a un régimen de desigualdades entrecruzadas con otros dispositivos de poder y dominación (a la manera de Michel Foucault) relacionados con lógicas de estratificación social, discursos religiosos, científicos, políticos, académicos, marcos jurídicos y modelos de convivialidad. Es decir, desde un punto de vista diacrónico y sincrónico, la desigualdad étnica-racial y su entrecruzamiento con otras de origen, hacen parte de discursos, narrativas, imaginarios y estructuras que han conformado a la sociedad latinoamericana y sus estados nacionales. Visto así, y sin desear realizar argumentos de tipo historiográficos, los afrodescendientes de la región han estado sometidos a cuatro momentos o formas del régimen de desigualdades: el primero corresponde al régimen esclavista racial, que se dio desde el siglo XVI hasta el siglo XIX; el régimen nacionalista racista que se inaugura con el triunfo de la Revolución Haitiana en 1804 y que se consolida con la progresiva abolición legal de la esclavitud en América a lo largo del siglo XIX; el régimen nacionalista mestizo, caracterizado por la dominación del mestizaje como plataforma discursiva para darle formas a los nacientes estados nacionales; y el régimen multiculturalista compensatorio, que se da en épocas contemporáneas donde el movimiento social afrodescendiente reclama espacios de ciudadanía a las instituciones de los Estados.

La comprensión de los regímenes de desigualdad a los que han estado sometidos los afrodescendientes pasa necesariamente por la idea de desigualdad que plantean los autores. No se trata de un fenómeno que se mide fácilmente con datos o indicadores de pobreza, ingresos o consumo, como lo hacen algunos estudios de Naciones Unidas o de agencias multi-

laterales. Más bien, para comprender a la desigualdad como un “régimen” es necesario realizar una lectura analítica que rompa el carácter coyuntural de los enfoques estadísticos. Desde los estudios poscoloniales, se explica que la desigualdad es un producto histórico mantenido por circunstancias contemporáneas caracterizadas por las asimetrías sociales producidas por el capitalismo, la lucha de clases, el mercado global y el consumo.

Una lectura poscolonial del régimen de desigualdad a la cual están sometidos los afrodescendientes plantea que no estamos hablando de una desigualdad cualquiera; ésta, a través de la historia moderna de Occidente, ha sido configurada por dispositivos de poder y dominación mediante los cuales Europa sometió a África y colonizó al Abya Yala (conocida como América). Estos dispositivos de poder fueron mediados por la trata esclavista, la esclavitud, el colonialismo y las distintas formas de racialización de las culturas africanas al ser convertidas en “negras”. Es decir, mediante los regímenes de desigualdades raciales, el Occidente convierte al africano en “negro”, es decir, en un no humano, en un esclavo, un ser sin alma, o en palabras de Achille Mbembe, en una ilusión fantasmagórica del blanco.

Comprender lo anterior, según los autores, invita a una lectura poscolonial de la historia y la modernidad. Tomando los conceptos de Edward Said, se plantea el desafío de comprender la distinción binaria entre lo blanco y lo negro, lo civilizado y lo incivilizado, entre Occidente y Oriente, más allá de su significado cotidiano. Estas distinciones polarizadas y alimentadas por el prejuicio racial, la blanquedad y el colonialismo plantean la necesidad de situar al otro “incivilizado” y carente de modernidad, no en la periferia, sino también en el centro, en un vértice de relaciones de poder/contrapoder, hegemonía/contrahegemonía, que es capaz de pensarse a sí mismo, de reconfigurarse a sí mismo, como una forma de modernidad, quizá no distinta, pero sí alternativa. Esta propuesta recuerda el célebre *Discurso contra el Colonialismo* que en la década de 1950 publicó Aimé Césaire, padre fundador del movimiento de la negritud y profesor en Martinica de Frantz Fanon, el pensador afrodescendiente autor de *Los Condenados de la Tierra* y de *Piel Negra, Máscaras Blancas*. Además de Césaire y Fanon también existen otros afrodescendientes precursores del pensamiento decolonial del espacio del Caribe, o aquellos de la escuela del marxismo negro: C. R. L. James, René Depestre, Walter Rodney, Jean Price-Mars, Eric Williams, y ya en la época contemporánea, los afrojamaiquinos Stuart Hall y Lewis R. Gordon, Paul Gilroy, de madre guyanesa, o Agustín Lao Montes y Nelson Maldonado Torres. Estos pensadores también cuestionan la modernidad

européa, deconstruyen su discurso, y ven en el sujeto colonizado un ser capaz de ser también moderno, o contramoderno.

Justamente, cuando los autores de esta obra nos invitan a analizar el régimen de las desigualdades desde la visión poscolonial, nos plantean una serie de ideas desafiantes para comprender lo que significa la cultura negra o la cultura afrodescendiente de las Américas. Estas ideas innovadoras son las que precisamente me han permitido afirmar que este volumen le da un quiebre o un punto de inflexión a los estudios negros o afrodescendientes de América Latina.

La primera idea desafiante gira en torno a la modernidad. Siguiendo su inspiración poscolonial, el libro advierte que la modernidad no nace solo en Europa, sino que ha sido constituida a través de procesos y flujos de capitales, mercancías y personas entre distintas regiones del mundo, y particularmente entre África, Europa y América. La idea de descentrar la modernidad occidental, de desenmascararle su hegemonía, implica la deconstrucción del discurso liberal eurocéntrico, racionalista, patriarcal y racista que la envuelve, para explorar otros sujetos también productores de modernidad (alternativa si se quiere). Pues tal como lo afirmaron los pensadores afrocaribeños o del marxismo negro, desde Haití con su revolución y desde las rebeliones de esclavizados, se produjeron ideas, instituciones, discursos y narrativas más radicales que las expresiones liberales europeas de libertad, igualdad y fraternidad. Es decir, los afrodescendientes no solo ayudaron sino que sembraron valores ciudadanos que hoy la modernidad occidental abraza como blancos y europeos.

Esta modernidad occidental triunfalista también fue responsable de la invención (inferiorizada) del negro tanto como sujeto como mercancía, herramienta, bien de consumo, bestia o demonio. Y aquí la segunda idea desafiante del libro: el *concepto negro*. Según los autores, esta palabra encierra el *ethos* de una persona reinventada ontológicamente como una creación artificial del blanco. Lo negro sería una idea incorporada, un discurso objetivado de la desigualdad en la modernidad. En términos de Michel Foucault, lo negro sería un dispositivo anatomopolítico o biopolítico, una idea incorporada en el subconsciente de un ser colonizado, racializado, inferiorizado. Diría Pierre Bourdieu, que lo negro podría ser una especie de *doxa*, una verdad de Estado, un instrumento de poder en el campo de las jerarquías raciales.

La idea de lo “negro” en este libro es clave, y está en consonancia con lo que ya Fanon planteó: lo negro no existe, no hay tal cosa, no hay tal persona negra, ni comunidad negra.

Se trata de una negación construida por la modernidad europea que también construyó la idea de lo “blanco”, que tampoco existe algo así más allá como dispositivo de dominación racial. Así, tanto lo negro como lo blanco son discursos de la homogeneidad incubados en los escenarios de la trata, la esclavitud, la colonización y la racialización. Particularmente, lo negro es un vocablo que problematiza la desigualdad racial en la dicotomía polarizada de poder entre el sujeto que se cree blanco y el sujeto que le han hecho creer que es negro. Según los autores, es una forma política, cultural, jurídica y axiológica de determinar la inferioridad del africano y sus descendientes esclavizados. Pero también “lo negro” podría ser una agencia resignificada de contramodernidad, quizá anticivilizatoria y contestadora a la modernidad.

Otra idea desafiante que plantea el libro tiene que ver con los conceptos de “Atlántico Negro” y “Pacífico Negro”. Primero que todo ¿qué se entiende por Atlántico Negro? Según los autores, en contestación al discurso situado de la modernidad occidental que plantea una región Atlántica Norte como el foco de la civilización y del eurocentrismo, Paul Gilroy plantea cambiar la mirada sobre la modernidad que no fue tan ilustrada, sino que produjo perversiones aún no superadas. Justamente Aimé Césaire, en su crítica al eurocentrismo, reclama que Occidente y su modernidad han creado el racismo, el colonialismo, el clasismo, el patriarcalismo, situaciones verdaderamente vergonzantes de una civilización ilustrada.

Siguiendo a Paul Gilroy, la modernidad no es un producto unicentrado geográfica y culturalmente, sino un cúmulo de interdependencias y conexiones transregionales en el área geográfica en que se expande. Una de esas áreas geográficas es el triángulo que se formó entre África, América y Europa durante la trata y la esclavitud africana; en este espacio de confluencias culturales nace la diáspora africana, que luego se convierte en una identidad negra o en una agencia civilizatoria de lo que hoy conocemos como los afrodescendientes de las Américas.

El Atlántico Negro, por tanto, sería una recombinación, reinventiones, articulaciones, cuyo sentido político no dependería tanto de la fidelidad de los orígenes africanos que pudieran permanecer en América, sino que lo importante es entenderla como producto de nuevas creaciones diáspóricas. Así, el Atlántico Negro tendría un significado como dimensión olvidada

o escondida de la modernidad, donde la cultura negra o los afrodescendientes serían parte de dicha modernidad; por lo tanto, no solo Europa es moderna.

Si bien entonces la idea de Gilroy de un Atlántico Negro como parte (subalterna) de la modernidad ha sido aplaudida, también ha sido criticada, pues los componentes de la propuesta de Gilroy se basan en la realidad del mundo caribe en el cual el autor se desenvuelve, dejando de lado las otras existencias civilizatorias de la cultura negra, tales como las anunciadas ya por Roger Bastide, el famoso etnólogo francés quien precisa que producto de la esclavización de africanos en América realizada por Europa, nació una nueva civilización que no es ni indígena, ni africana, ni europea: Es la civilización afroamericana o afrodescendiente de las Américas, que tiene distintas formas de expresión cultural: a) culturas afroamericanas como tales, que conservan religiosidad, lenguas y rituales africanos; b) culturas africanizadas o cimarronas, las cuales devienen de los antiguos palenques y donde se hablan lenguas criollas con alta base de idiomas africanos; c) culturas negras, arraigadas en el Pacífico Colombiano y Ecuatoriano, aunque también se conservan en Perú, Centroamérica y el Cono Sur; d) culturas africano-indígenas, como los garífunas en Centroamérica, los yungas en Bolivia y los afroecuatorianos en el Valle del Chota. Estas comunidades tomaron préstamos culturales indígenas, como la vestidura y las formas de organización social; e) culturas negras de habla inglesa y holandesa del Caribe, como en Jamaica, Belice, o Curazao, entre otras.

La teoría de Bastide sobre lo neorético de la civilización afrodescendiente ya ha sido sustentada por Manuel Zapata Olivella, el autor afrocolombiano de la *Rebelión de los Genes*, donde explica que los afrodescendientes son producto de un proceso de larga duración, con sus rupturas y continuidades, donde el rompimiento violento con la madre África, la castración cultural impuesta por la Iglesia Católica y Europa, y la anulación de la condición humana y ciudadana, fueron las características más centrales.

La realidad de la diáspora africana por fuera del espacio Caribe y del Brasil se dispersa por toda América Latina, especialmente desde México hasta Argentina, bordeando el Pacífico, donde existen millones de comunidades negras que para los autores de este volumen significa el “Pacífico Negro”. Esta idea es fuerte e innovadora en el libro, traída de Rossbach, y se plantea como una especie de antítesis del Atlántico Negro, pues a lo largo de las costas del Pacífico en todo el continente americano se configuró una

narrativa muy distinta a la ocurrida en el Caribe. Aquí se dieron construcciones identitarias caracterizadas por la economía de los reales de minas, un estilo de vida más independiente, autárquico si se desea, con alta manumisión, y construcciones de comunidades homogéneas en sectores rurales con marcada connotación étnica, en contraste con las construcciones heterogéneas e híbridas que Paul Gilroy intenta ver para el Atlántico Negro.

Según los autores de este volumen, la idea de Pacífico Negro encierra la mirada a otras historias de subordinación a los europeos similares a las que se vivieron en el Atlántico Negro, pero que dadas ciertas condiciones propias de tipo económico y social pudieron vivir durante largos tiempos en condiciones de libertad y mayor independencia territorial, “en contraste con la experiencia de cimarronismo masivo común en varias regiones del Atlántico Negro”.

La última idea desafiante que destaco en este libro es el concepto de “desigualdades entrelazadas”. Un concepto necesario para comprender las distancias entre posiciones sociales ocupadas por personas o grupos en las jerarquías sociales. ¿Cómo operan estas desigualdades entrelazadas en los afrodescendientes? Los autores, a partir de Charles Tilly, explican que un factor de desigualdad tiene que ver con categorías, muchas veces dicotómicas como pares diferenciados en la estructura social: blanco/negro, hombre/mujer, rico/pobre. Pero en América Latina tales categorías se entrecruzan con otras variables como el racismo, el sexismo, la discriminación. Para el caso afrodescendiente, tales categorías dicotómicas no son fijas (blanco/negro), ni unívocas u homogéneas, pues más bien en ocasiones se degradan, como en el color de la piel. Por ejemplo, en Brasil las tonalidades de la piel alteran la categoría racial preto/blanco, pues según la tonalidad del individuo se definen sus oportunidades. Las investigaciones de Edgar Téllez para Perú, Colombia y México dieron los mismos resultados.

De acuerdo con los autores, la simultaneidad de distintas categorías de desigualdad que un individuo experimente puede permitir negociaciones, reconfiguraciones, o intercambios. Pero la estructura de desigualdad se mantiene aunque cambien sus parámetros. En el caso de las desigualdades raciales que afectan a los afrodescendientes, las categorías del color de la piel pueden variar, pero la estructura de la raza que opera como narrativa fija no cambia.

Ahora bien, el conjunto de desigualdades raciales y sus categorías clasificatorias que afectan a los afrodescendientes, tienen articulación transnacional y global con otras desigualdades (de origen nacional, étnico,

etéreo, género, religión, lugar de nacimiento, incluso orientación sexual y nivel de educación). Cuando todas estas formas de desigualdad se cruzan en un espacio y se mantienen en el tiempo, es cuando se da un régimen de desigualdad. Y de acuerdo con el libro, los afrodescendientes de las Américas están entrampados en un régimen de desigualdad marcado por la racialización, la discriminación y el prejuicio racial. La racialización implica atribuirle al sujeto (al “otro”) marcas diferenciadas por su piel, estructura somática y origen cultural. La racialización conduce al racismo, dado que se acompaña de una jerarquización cualitativa/valorativa en los individuos. Esta, sin lugar a dudas, es una poderosa tesis que plantean los autores y la demuestran analizando los sistemas de estratificación social, los discursos religiosos y científicos, los marcos jurídicos, políticas públicas y los modelos de conviabilidad tanto en el (otro) Atlántico Negro (Brasil) como en el Pacífico Negro (Litoral Pacífico de Colombia y Ecuador).

Con la tesis de los regímenes de desigualdad racial que entrapa a los afrodescendientes, el libro hace un importante aporte a una pregunta que aún no estaba resuelta: ¿por qué las sociedades afrodescendientes son pobres, marginadas, desiguales? Esta pregunta constantemente se hace cuando se conoce la realidad de naciones, Estados, pueblos o comunidades afrodescendientes de las Américas como Haití, el Departamento del Chocó en Colombia, las comunidades afroecuatorianas del norte de Esmeraldas o del Valle del Chota en Ecuador, los asentamientos afrodescendientes de grandes ciudades como Cali, Medellín, Barranquilla, Guayaquil, Quito, Lima, o ciudades afrodescendientes como Quibdó, Buenaventura, Guapi, Tumaco, Esmeraldas, San Lorenzo, además de los territorios rurales ancestrales donde tradicionalmente viven las comunidades desde la época de la esclavitud.

El libro entonces nos ofrece una perspectiva analítica para comprender los desafíos de los afrodescendientes en su Decenio Internacional. Nos invita a que comprendamos que en América Latina la desigualdad opera como un régimen estatuido, que en el caso de la afrodescendencia posee su propia historicidad marcada por una línea perversa de la misma modernidad: la trata, la esclavitud, la abolición, la racialización, el colonialismo. Este régimen hoy en día se mantiene intacto mediante dispositivos de dominación racial que hacen juego a la dinámica de los Estados nacionales. Contradictoriamente, estos mismos Estados desarrollan hoy en día discursos reivindicatorios de “política de reconocimiento” a la igualdad, al derecho a la no discriminación, a la autodeterminación de los pueblos y a

la proscripción de la discriminación racial. Algunos gobiernos hablan de medidas compensatorias, de garantías de derechos colectivos, de acciones afirmativas y medidas judiciales contra la discriminación racial. Pero nada de esto permite cambiar la realidad. Los pueblos afrodescendientes aún siguen reclamando “reconocimiento, justicia y desarrollo”, y aunque se ensayen mecanismos de inclusión, éstos siempre terminan siendo frustrantes, pues tales medidas se trazan pensando que las desigualdades se pueden erradicar con políticas de tipo coyuntural enfocadas solo a la población excluida y no a repensarlas como un problema de las estructuras del diseño institucional de los Estados, las mismas que corresponden al interés liberal de la modernidad. En mi opinión, no se podrá combatir verdaderamente el régimen de desigualdad racial si no se combate el modelo institucional de los Estados, que por lo demás es capitalista, y el capitalismo no puede existir sin el racismo.

Dr. John Antón Sánchez

Instituto de Altos Estudios Nacionales IAEN (Ecuador)

Observatorio para la Justicia de Afrodescendientes en Latinoamérica

OJALA-FIU